



Sonata

de

Vendimia

La anchurosa llanura se abre majestuosamente como un inmenso abanico de surcos y pámpanos. (foto Muñoz.)

L ROMPER el alba, y confundidos en la variada caravana de coches entoldados, ligeras tartanas y carros de varaes repletos de mozas y mozos, también nosotros vamos hoy a la vendimia. Ensordece el estruendo multiforme del rodar de los carros sobre el pavimento abovedado que, como un estrépito gigante de robustos crócalos, rompen la quietud de esta madrugada de octubre. Salimos del pueblo. Las últimas casas reciben en sus paños ocres los primeros besos de la mañana que comienza a incendiarse y a crecer. Los kilómetros de carretera, antes de llegar a los atajos, los va devorando nuestro carricoche sin grandes esfuerzos. Mi acompañante y yo, envueltos en nuestras mantas de paño de anguarina, prestamos la más interesada atención a la letra y música de las seguidillas de cuatro versos, rimados caprichosamente, que vendimiadores y vendimiadoras cantan a coro, pareciendo más bien que nos enderezamos a una romería que no a una faena campera.

Nos van dejando solos, pues los carros van apartándose por trochas y sendas particulares, quedando escondidos en algún suave declive o a la sombra de un caserío. Ahora nos toca a nosotros desviarnos. Cuando la jardinera de carrocería verde y ballestas naranja nos deja en el carril blanco y abierto y la mulilla sacude anteojeras y bridones con un respingo campanillero de arlequín, la anchurosa llanura se presenta a nuestra vista como un inmenso abanico de surcos y pámpanos. El tachuelaje dorado del sillín inglés y los cascabeles y argollas níqueladas de las lomerías de nuestra soliviantada mulilla, refulgen al sol de este «veranillo», que es casi verano, como los alamares de un traje de luces. Echamos pie a tierra y a remangarse los pantalones.